

## De letrados y héroes: el José María Paz de Juan B. Terán

Por Carmen PERILLI

Universidad Nacional de Tucumán-CONICET

LAS CIUDADES LATINOAMERICANAS, vigorosos núcleos de poder, aseguraron la presencia de la cultura occidental y dirigieron el proceso económico, trazando el perfil de las regiones sobre las que ejercían influencia. Además fueron el espacio colonizador que operó sobre un continente concebido como vacío. Con su fundación se generaba una sociedad compacta y homogénea que actuaba sobre la realidad circundante, adecuándola a una idea preexistente. Bastión contra el mestizaje, la ciudad formal fue, poco a poco, tomando conciencia de su pertenencia a la región.<sup>1</sup>

Desde estos asentamientos se procedió a la destrucción, en nombre de la Cultura, de las comunidades a las que se consideraba como No Cultura. La lógica de la colonización impuso una identidad absoluta, vaciando y subordinando al sujeto empírico bajo las condiciones de constitución del sujeto trascendental moderno. La palabra clave de todo el sistema es (*ella*) orden, ya que toda ciudad, como lo señala Rama, implicaba un diseño previo en lenguajes simbólicos y racionales y estaba condenada a una doble vida material y cultural. Otra ciudad no menos amurallada, la ciudad letrada,<sup>2</sup> cumplió su cometido en el universo de los signos, dotados de carácter sagrado, vividos como obra del Espíritu enfrentado a la Materia. La apropiación de la vasta geografía americana se complementó con la ocupación violenta del imaginario de las comunidades que la habitaban. La amenazante alteridad del Nuevo Mundo fue reducida a lo mismo; único modo de estructurar una identidad que no incluyera al otro en igualdad.<sup>3</sup>

La historiografía está ligada al *imaginario radical* manifestado en el hacer histórico donde se constituye un universo de significaciones, con anterioridad a toda racionalidad explícita. Toda sociedad define su identidad, articula su visión y sus relaciones con el mundo, sus necesidades y sus deseos, sus miedos y sus sueños. Las estrategias de

<sup>1</sup> Véase José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1983.

<sup>2</sup> Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Uruguay, Fundación Internacional Ángel Rama, 1984.

<sup>3</sup> Eduardo Subirats, *El continente vacío: la conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, 1994.

dominación suponen la apropiación de la capacidad simbólico/instituyente de lo social colectivo.<sup>4</sup>

La cultura tiene su propio código constituido por textos que nos permiten el acceso a lo real. Los relatos maestros<sup>5</sup> proporcionan las claves de la cultura nacional, permitiéndonos leer las estructuras profundas de nuestro imaginario. Para Benedict Anderson toda nación es una comunidad imaginada, en el sentido de construida en imagen, sobre un piso simbólico que cohesiona a los individuos integrantes de la comunidad.<sup>6</sup> Por arbitraria que sea, requiere de una justificación simbólica: los equipos intelectuales intervienen en la construcción racional y simbólica de la nación. Garantizan su existencia en el espacio y en el tiempo. Imaginan una geografía —de allí la importancia del mapa— y construyen una historia que sujeta a los individuos a un pasado común.

El proyecto moderno se caracterizó por la anulación de las diferencias. La nación, que surgió como uno de sus instrumentos, también decreta un sujeto, un mundo y un discurso cultural homogéneos. La intervención de los intelectuales tiene un enorme peso en sociedades dramáticamente abocadas a la búsqueda de su independencia, en las que la estructura está obsesionada por la necesidad, originalidad y representatividad. En nuestras naciones los relatos maestros se articulan alrededor de una oposición central: civilización y barbarie, homogéneo y heterogéneo, ciudad y campo, orden y desorden, materia y espíritu magistralmente recogida en *el Facundo*.

Con el proceso democratizador que comienza a fines del siglo XIX, los intelectuales latinoamericanos, formados dentro de la tradición aristocrática, sufren una verdadera conmoción mientras las aldeas se convierten en ciudades. Ángel Rama afirma que “la modernización burguesa y dependiente acarrea una democratización que desquiciaba los valores establecidos y fijaba una reproducción de la que ya se había

<sup>4</sup> “Ninguna práctica social es reducible a sus elementos físicos y materiales: un requisito inmediato y constitutivo de la práctica es que su realización ha de inscribirse en una red significativa que se sobreponga a la fragmentación de los actos, de los individuos, de los momentos. Y es por eso que toda sociedad crea un conjunto ordenado de representaciones, un imaginario a través del cual se reproduce y que, en particular, designa al grupo para sí mismo, distribuye las identidades y los roles, expresa las necesidades colectivas y los fines a realizar. Las sociedades modernas, al igual que las sociedades sin escritura, producen estos imaginarios sociales, estos sistemas de representaciones, a través de los cuales se autodesignan y fijan simbólicamente sus normas y sus valores”, Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de las sociedades*, Madrid, Tusquets, 1989, vol. 2.

<sup>5</sup> Fredric Jameson, *Documentos de cultura, Documentos de barbarie*, Madrid, Visor, 1989.

<sup>6</sup> Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 1993.

visto en Europa”<sup>7</sup> El desarrollo y el cambio supone desatar las “potencias infernales” de las que habla Marx en el *Manifiesto* y que tan bien aparecen dramatizadas en la segunda parte del *Fausto* de Goethe. Al mismo tiempo el poder se desplaza mejor al manejo de nuevos conocimientos y a la apropiación de la tecnología.

Dentro de América Latina la modernización no fue uniforme. Algunas regiones —especialmente las ligadas a los puertos— exhibieron mayor dinamismo. Las regiones internas del continente, en cambio, se mantuvieron en su mayoría al margen. Los nuevos cambios fueron vistos como materialistas y utilitarios. Lo que dio lugar a una cruzada que recorrió el continente latinoamericano, siguiendo las propuestas de Rodó.<sup>8</sup>

Muchos pensadores defendían una visión en que la “sed inextinguible de ciencia” y de cambio era la fuerza positiva que se oponía a los rígidos moldes anteriores. En un texto que puede ser considerado como nuestro “Manifiesto de la modernidad”, el cubano José Martí ofrece una descripción de la época como de “elaboración y transformación espléndidas”, como “el tiempo de las vallas rotas”; una época de “tumultos y de dolores” de elaboración del cambio social.

El proceso de modernización de las naciones latinoamericanas no nace de su evolución autónoma sino que obedece a una exigencia externa. Si bien la transformación fue siempre un reclamo de las clases dirigentes, recogido por voceros como Sarmiento, no se concreta sino hasta comienzos del siglo xx. A partir de 1911, no bien inaugurados los monumentos recordatorios del primer Centenario, se inicia la era de las revoluciones, aquietadas las violentas reacciones producidas por la turbulenta organización de los Estados nacionales.

El campo intelectual argentino del Centenario de la Independencia (1910-1916) revela una apertura moderna y nacional y una capacitación especial para diseñar, a partir de los modelos europeos, su futuro propio

<sup>7</sup> Ángel Rama, *Las máscaras democráticas del modernismo*, Uruguay, Fundación Ángel Rama, 1985, p. 17.

<sup>8</sup> “Si a la continuidad de las generaciones se une la persistencia de cierto tipo hereditario, no ya en lo físico, sino también en lo espiritual y una suprema idea dentro de la que pueda enlazarse, el pueblo tiene una personalidad constante y firme. Esta personalidad es su arcasanta, su paladín, su fuerza y tesoro; es mucho más que el suelo donde está asentada la patria. Es lo que le hace único y necesario al orden del mundo; su originalidad, dádiva de la naturaleza, que no puede traspasarse a otro ni recobrase, si una vez se ha perdido, a no ser abismándose en la profundidad interior donde está oculta. Porque toda alma nacional es una agrupación de elementos ordenada según un ritmo que, ni tiene precedentes en lo creado, ni se reproducirá jamás, una vez roto aquel inefable consorcio. Mantener esta personalidad es la epopeya ideal de los pueblos”, José Enrique Rodó, *Motivos de Proteo*, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1967.

como sociedad. En un breve plazo deja de ser un reducido círculo el que tiene un accionar directo sobre el poder. La educación es una de las armas fundamentales. La sostenida actividad intelectual en las ciudades permite que se consolide una nueva clase letrada.

Dentro de ella los historiadores cumplen un papel crucial en la legitimación simbólica del Estado nacional, reconstruyendo el pasado, reescribiendo la épica de la comunidad. Desde el interior del país, Juan B. Terán, una figura central de la ciudad letrada tucumana del Centenario, forma parte del grupo de historiadores que busca la superación del positivismo.<sup>9</sup> Es uno de los líderes del movimiento espiritualista argentino, junto con Alberto Rougés. Leemos en uno de sus discursos:

La nueva filosofía redime al hombre, mostrando que hay en él una porción de ángel que el materialismo negó, haciéndolo capaz de aspirar y realizar incommensurables esperanzas [...]

Tal es el hombre; lleva los pies en la tierra y descansa sobre ella, pero vuelve la mirada hacia las estrellas, y recibe de ellas un descanso, que la tierra le ha negado.<sup>10</sup>

El libro *José María Paz, 1781-1854. Su gloria sin estrella. Su genio moral*,<sup>11</sup> editado en Buenos Aires, es una de sus últimas obras. Aparece entre las dos guerras mundiales, unos años después del golpe nacionalista de Uriburu, al que Leopoldo Lugones, el vate del Centenario, apoyaba eufórico con la pluma proclamando “la hora de la espada”. Alrededor de la misma época Ricardo Rojas escribía *El santo de la espada*. La aparición de una obra que plantea un paradigma moral a la sociedad argentina en este momento no es obra del azar. Mucho más si el modelo de hombre fuerte es un militar puro que se coloca por encima de las facciones políticas y de los caudillos en nombre de la nación. El programa de la dictadura del treinta reivindicaba la entrada de los militares a la política como emergencia de un grupo de conductores virtuosos cuya fuerza moral salvaría al país de la corrupción y la anarquía de los caudillos.

<sup>9</sup> Señala Ramón Leoni Pinto que éstos se concentraron en las Universidades de Buenos Aires y La Plata, donde la influencia más destacada fue la de Benedetto Croce, en la Universidad de Córdoba —con dos vertientes, una de orientación escolástica y otra neokantiana— y en la de Tucumán; véase *Los aportes de Juan B. Terán a la historiografía de Tucumán*, Tucumán, Museo Casa Histórica de la Independencia, 1987.

<sup>10</sup> “La revolución en la Universidad”, en *La Universidad y la vida*, en *Obras completas de Juan B. Terán*, tomo v, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1980, p. 118.

<sup>11</sup> Hemos consultado el tomo xii de las *Obras completas* [n. 10]. En adelante sólo se indicará el número de página entre paréntesis.

Si aceptamos con Hayden White que la historia es un artefacto literario,<sup>12</sup> la narración histórica no excluye la ficción en la elaboración de su discurso, manteniendo estrecho contacto con la narración literaria. En la medida en que el historiador dota de trama a los hechos, apela a los mismos mecanismos que el poeta: emplear imágenes y géneros literarios. El contenido de esa forma debe ser tenido en cuenta. En la conciencia del historiador tiene lugar un acto esencialmente poético que prefigura el campo histórico y lo constituye en dominio.

La categorización como modelo de la narración histórica y la conceptualización histórica depende, finalmente, de la naturaleza preconceptual y específicamente poética de sus puntos de vista sobre la Historia y sus procesos. Lo que White<sup>13</sup> llama *base metahistórica de la obra* es la combinación del modo trológico dominante y el protocolo lingüístico.<sup>14</sup>

Juan B. Terán entreteje discursos—biografía, autobiografía, libro familiar, diario, cartas, memorias, testimonios— escrituras del *yo* que se encuentran en el límite entre la ficción y la historia. En ese sentido el libro escoge un modelo que desafía la clasificación genérica, abriendo un espacio híbrido. Terán/narrador expone las razones de la elección de la biografía como género en su estudio sobre Paz. En palabras iniciales, a propósito de la escritura fundamenta que sólo a través de la biografía es posible apresar el *yo*, el alma, lo que convierte en arquetipo a un personaje histórico: “Este estudio no podría llamarse *La vida de un guerrero: José María Paz*. Tampoco *El general José María Paz y la lucha contra la tiranía* [...] No es un capítulo de historia argentina, ni siquiera la biografía de un hombre público. Es simplemente el retrato de un hombre y el bosquejo de un alma” (p. 10).

Grandes zonas de la estructura latinoamericana resisten su inscripción dentro de los cánones clásicos, lo que exige un trabajo crítico que las contemple —es el caso del ensayo y el testimonio. A la arritmia histórica propia del traslado de modelos culturales se suman las nuevas funciones que la apropiación les otorga. Nuestro sujeto

<sup>12</sup> Hayden White, *Tropics of discourse: essays in cultural criticism*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1978.

<sup>13</sup> Hayden White, *Metahistoria la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992. También puede consultarse del mismo autor *Tropics of discourse* [n. 12].

<sup>14</sup> “En cualquier campo de estudio todavía no reducido (o elevado) a la situación de auténtica ciencia, el pensamiento permanece cautivo del modo lingüístico en que intenta captar la silueta de los objetos que habitan el campo de su percepción”, White, *Metahistoria* [n. 13], p. 11.

histórico y literario y nuestros discursos nacen en una situación colonial. El *José María Paz* se produce en la frontera entre la historiografía y la literatura. La travesía propuesta al lector no es tanto histórica como espiritual. Aunque el escritor dice apartarse tanto de la historia como de la biografía es innegable que estos dos discursos se entrecruzan en el texto que se presenta como “el retrato de un hombre y el bosquejo del alma”. Los conceptos *hombre* y *alma* adscriben sus palabras al espiritualismo —que nos remite a Krause y Croce. La verdad que se persigue es la verdad esencial y eterna, no circunstancial y contingente. Las notas dibujan un personaje mítico más que un personaje histórico. En ese sentido marca las diferencias entre Historia y Biografía.

Hay por esto una diferencia de naturaleza entre la historia y la biografía. La historia excluye lo que no ha tenido repercusión o influencia y la biografía lo acoge. La biografía nos da derecho para conmovernos ante una vida sin estrella, para admirar un destino trunco a causa de que la diosa ciega, por serlo, no vio que un azar lo frustraba la mañana del día en que llegaba su hora. La biografía recibe a quien la historia expulsa, las porciones de una vida, a un gran espíritu, que no alcanzó influencia, a una lúcida inteligencia sin auditorio, que un día exhuma y revela (p. 14).

La historia que aparece está en el reino de los hechos mientras la biografía permanece en el reino de los sentimientos. A la rigurosa razón histórica opone la vibrante emoción y ejemplaridad de la biografía que nos muestra “las porciones no históricas de una vida”. Si la historia remite a la experiencia, la biografía escudriña el espíritu. La historia está hecha por grandes hombres. Pero la biografía se aleja de las “condiciones externas” y aísla al personaje para atisbar su paisaje interior. Terán traza un itinerario espiritual, el de un hombre superior frustrado trágicamente por el destino. José María Paz interesa en tanto es el arquetipo de la nacionalidad, un paradigma moral.

El problema decisivo de una biografía es el de escudriñar el elemento fugitivo que se añade a las influencias sociales y cuya presencia hace que a pesar de estar contruidos los hombres de una generación con los mismos materiales —estirpe, educación, ideas y costumbres comunes— solamente uno, entre todos, llega a ser José María Paz: “Es el grano de pigmento que convierte en flores solamente a algunas hojas de las plantas, pues que según los botánicos aquéllas no son sino hojas modificadas” (p. 22).

La marca trágica de la historia otorga contornos literarios al héroe frustrado por la Fortuna: “Si hay algún accidente en la historia argentina

equivalente al grano de arena de Cromwell o a la nariz de Cleopatra es, sin duda, ‘la boleadura’ del caballo de Paz”. El relato emplea la forma y el clima de la tragedia clásica (hay frecuentes alusiones a los griegos y a Corneille). El triunfador militar y moral, el predestinado y visionario conductor de la nación se ve apartado de su sino, resignado a dar paso a otros. Terán considera que el general es la encarnación de un *ethos* superior: “Entonces desaparecieron ante los ojos el táctico, el militar, para aparecer un hombre singular, un alma heroica, un genio moral. Dejó de ser una figura argentina, para ser simplemente un alma, un carácter de valor universal, un héroe de Corneille” (p. 16).

El historiador accede a este conocimiento por obra de la “revelación”. Este verbo evoca la poesía y la religión más que a la ciencia y a la historia. Acompañado de otros como atraer, conmover, entrar en la intimidad, adueñarse de la unicidad de un hombre, conocer su vida verdadera, nos habla de la relación entre el Yo y el Él. El sujeto historiador expresa admiración y atracción hacia el sujeto histórico y se exalta: “Hemos comprendido al táctico, al vencedor, al prisionero, al gobernante, al proscrito, sus grandezas y sus fallas” (p. 23).

El libro está estructurado en dos cuerpos principales: El Hombre y El Escritor, además de apéndices con documentos y cronología. Juan Terán construye la escena de los comienzos. La génesis del héroe remite a dos espacios: la ciudad letrada y la familia patriarcal. El joven centro de atención en el brillante examen público de filosofía en el colegio de Loreto admirado por maestros y padres. Dos linajes: el linaje intelectual de la educación aristócrata y el linaje familiar de la stirpe cordobesa inscrita en el libro del *pater familias*.

Terán insiste en la escritura como constante de la vida del héroe, en una insistente y fascinante presencia de la letra en todo momento. Los signos aseguran el control de la realidad, la ordenan: el padre, el hermano, el hijo, los compañeros, todos escriben. La construcción de Paz como letrado dista de la realidad histórica. Su biógrafo exagera su formación intelectual. Así como su formación militar. La ciudad de los veinte primeros años es Córdoba, “la más españolizada del Virreinato, la ciudad sahumada por monasterios y coronada de torres, presumida de los afanes y las disputas con que la Universidad llenaba su vida parsimoniosa” (p. 21). Un lugar conservador y patriarcal, un colegio religioso y una sociedad endogámica. El padre lleva el *Libro Manual como los señores patriarcales del tiempo de la república*.

El patriarcado está férreamente trabado: los hermanos guerrear juntos y el héroe casará con la hija de la única hermana. Rosario es

retratada como “la providencia, la protectora de su errante y joven familia, y muerta la esposa, la segunda madre de sus hijos”.

El episodio con el clérigo Marín es la primera prueba al mismo tiempo que un indicio de sus penurias posteriores. Desde entonces acompañan al cordobés la “visión pesimista” de la realidad y una “actitud prevenida” frente a los hombres. Se prepara para la guerra en la universidad, no en la academia militar. El conocimiento de los clásicos fortalece al guerrero y al escritor. Siempre la pluma y la espada, las armas y las letras deben estar juntas. Acerca de la relación entre éstas y la formación moral en el pensamiento de Terán leemos en “Origen de una nueva universidad”:

La Universidad tiene, en efecto, un aspecto moral, porque nada como ella propaga fines superiores para la conducta. Alguien ha dicho con tanta verdad como belleza: es difícil pensar y sentir bajamente cuando se han vivido todos los años de la juventud en la pureza y el ascetismo. La substancia imprescindible del espíritu guarda a través de la vida, y cualquiera sea el designio del hombre, el eco armonioso de los ideales supremos.<sup>15</sup>

Sólo la vida espiritual unida a la fortaleza dará nacimiento al hombre puro. Terán diferencia temperamento de carácter. En oposición a él, Facundo pintado de Sarmiento— se deja dominar por su naturaleza. De alguna manera Paz la controla a través de la cultura. La escritura nos refiere “la historia dramática de su alma” sensible de guerrero.

El historiador arroja sombras sobre las ambigüedades, no arriesga sus pasos en la vida privada excepto para defenderlo de la acusación de misoginia y explicar su retraimiento como consecuencia de la rígida disciplina y de la formación religiosa de un individuo superior a los que le rodean. Para demostrar esto, su escritura se abisma en otras escrituras. La biografía emplea la autobiografía, el narrador se asoma al diario íntimo y a las cartas, donde observa el doble movimiento de la efervescencia de la sensibilidad y su voluntad de manejarla.

Su frialdad, su aislamiento, su aspereza, son ingredientes del tipo corneilliano, trofeos ganados en una lucha violenta en el interior de su alma, en la que llegó a vencer su natural apasionado y vehemente. Es la psicología de Horacio en el teatro de Corneille, que sacrifica el amor fraternal al patriotismo, hay algo de Rodrigo en el *Cid*, que inmola el amor al deber y también un reflejo de *Polyeucte* por la pureza de su abnegación.

<sup>15</sup> En *La Universidad y la vida* [n. 10], p. 19.



El discurso vacía al personaje/persona para abrir el espacio del mito, demostrando conciencia de los modelos literarios. El héroe se traba en lucha consigo mismo; es, por sobre todo, un héroe moral. Cumpliendo con el arquetipo que Campbell marca para el monomito, no sólo enfrenta a los antagonistas con el cuerpo sino también con el espíritu; se hace soberano de las pasiones, convierte al deber, la virtud y el honor en sus deidades tutelares, acepta el precio de no ser amado para ser obedecido. Su gran conquista es la conquista del corazón, la lealtad a su integridad: “Hoy sabemos que sus defectos, exagerados por los celos, por la vanidad herida, la pasión política, no eran sino el precio de sus virtudes, las cicatrices que habían dejado las autoamputaciones de su temperamento nativo, las reliquias de una cirugía psíquica” (p. 35).

Paz es hombre del interior, “caudillo unitario”, padre de la patria, gestor de la nacionalidad. Estas atribuciones no están fundamentadas ya que no se puede ignorar que no posee un proyecto nacional o latinoamericano suficientemente explícito. Su biógrafo habla de su proyecto moral. Padre ejemplar, hijo devoto, esposo tierno, hermano fiel; tiene una “belleza varonil”, virilidad, “tostado por la intemperie”. Es el militar enérgico o el exiliado que “florece (en) su perseverante formación moral”. “Alta inteligencia”, “corazón abnegado” son los atributos de este arquetipo. La inteligencia merece un capítulo, sus logros aparecen como producto de la preparación y de su capacidad. Hiperbólicamente “un matemático de la guerra [...] Sus cualidades eran las propias del espíritu científico”.

Terán emplea otras figuras históricas como complementarios o como contrapuestos: “San Martín y Belgrano son lo que Paz debió haber sido. Quiroga y López, son sus contrarios”. Lavalle, si bien le acompaña en la causa, está dominado por un sentido localista, no posee visión nacional, sostiene una conducta incoherente, tiene un temperamento “atorbellinado” por el sacrificio de Dorrego, una sensibilidad romántica excesiva, cede fácilmente, de actitud combatiente, contradictoria, un alma desatinada por una honda inquietud íntima. La descripción cae en un burdo maniqueísmo que copia las páginas del *Facundo*. Lavalle es el unitario que se deja dominar por los instintos, Paz es el estadista que crea la Liga del Norte:

Los dos hombres salidos de la revolución estaban llamados a caminos distintos. Mientras Lavalle era sentimiento e ímpetu, Paz era reflexión y paciencia; mientras uno era el paladín, el otro era el estratega. Aquél siempre será figura de leyenda y poesía; el otro de estadista y conductor (p. 79).

Terán reitera una y otra vez la importancia de la educación, la unidad entre la acción intelectual y la acción bélica. Para él “Paz creó, en efecto, la primera ciencia argentina, la Táctica” aunando lo teórico y lo práctico, lo abstracto y lo concreto. Su universalidad tiene sentido “vernacular o nacionalista”.

Las mujeres en el fondo de los hogares desolados tejen coronas a quien va a abrir el camino de regreso de los esposos e hijos proscritos. Le llegan cartas furtivas, como a un salvador desde la ciudad misma del tirano (p. 91).

En esta Troya nueva [refiriéndose a Montevideo] no hay Aquiles ni Héctor, ni Patrolo ni Ajax, o se dividió cada uno en varios. El héroe verdadero fue la ciudad misma. El único perfil de grandeza homérica es Paz (p. 106).

Rosas y Paz son los verdaderos antagonistas de la escena nacional, representan a unitarios y federales, respetándose mutuamente. Si Rosas es un genio político, Paz es un genio moral. Uno destruye, el otro construye, pero ambos son grandes. Terán relega a un segundo plano a los caudillos del interior como Quiroga o Artigas. Al final del libro el autor escribe enigmáticamente:

La fuerza del alma es la que poseen muchos ambiciosos sin ideales, voluntades recias, implacables perseguidoras del poder o la fortuna.

La grandeza del alma es la de los capaces de renunciar, de abdicar de una ventaja para permanecer puros, de quedar solos, si es necesario, para la paz de su conciencia.

Los primeros nos sorprenden con la abundancia de la cosecha que son capaces de lograr. Los segundos nos ilusionan sobre nuestra especie, mostrándonos cómo algunas semillas maravillosas alcanzan a germinar, aunque de tarde en tarde, en la maleza de la vulgaridad humana.

De aquéllos era Rosas, de éstos es Paz (p. 100).

La secuencia histórica es Belgrano/San Martín/Paz/Mitre, quizá Urriburu. Los padres de la Nación son al mismo tiempo los del Ejército. Ejército y Nación están unidos frente a la barbarie anárquica de los caudillos, imponiendo el orden. La inteligencia los acompaña en la organización nacional. El patriotismo provincial es incompatible con el patriotismo nacional. Cuando se refiere a Paz/escritor de ese libro capital que son las *Memorias* iguala su pluma a la de Sarmiento pero no su visión filosófica. Dejando de lado la interpretación un tanto ligera del discurso sarmientino, el autor trata de probar la síntesis de valores que su héroe representa.

Lo que para Sarmiento era la antítesis de la ciudad y la campaña, para Paz era un cuadro más complejo: se mezclan en el proceso la oposición no sólo de la ciudad y del campo sino de la plebe y de la gente culta, de las provincias y la capital, de las tendencias democráticas y aristocráticas de la sociedad.

En la narración de su vida pública Terán encuentra “la unidad del drama clásico. Como en el teatro antiguo, la trama no es complicada, la violencia de sus peripecias no turba la simplicidad lineal de la acción. No hay largos parlamentos ni muchos personajes. La voz del coro se oye siempre” (p. 57). La participación del unitario en la sublevación de Bustos y Heredia, “unamancha en la vida de Paz”, se debe a lo inoportuno de su nacimiento. Lo que hubiera sido un heroísmo en Belgrano y en San Martín, es un desliz que cae injustamente sobre quien “nadie duda”, nunca se unió a la barbarie montonera. En ningún momento menciona la fluida relación que hubo entre Paz y el santiagueño Felipe Ibarra. Su cambio de posición frente a Buenos Aires obedeció solamente a su conciencia nacionalista, su actuación se coloca por encima de la lucha entre las provincias y la capital, entre unitarios y federales. Su fracaso se debió a la incompreensión, a la ironía trágica que le arrebató la gloria.

Paz se retira del teatro de la guerra, prácticamente como un vencido. Abandonado por unos, hostilizado por otros, en medio de la deserción y la rebelión, azotado por la misma naturaleza, seguido por una corta columna hace el camino de Nogoyá, cuyo relato dramático, con sabor homérico, escribió en sus *Memorias*.

Vemos en esa marca, que parece una fuga, una alegoría de la vida del protagonista, quien fuerte en medio de la postración de unos, el desencanto de otros y la claudicación de algunos, salva íntegramente, del naufragio, como un fuego sagrado, el programa de su campaña por la libertad y la constitución de su país que iba a predicar de nuevo (p. 99).

Terán insiste en la preponderancia espiritual de los ideales de Paz “un obrero infatigable de la nacionalidad”. El mito transforma la historia, desrealizándola desde la altura de la estatua. La mitificación de Paz y su entorno es la mitificación de la violencia del poder con que se impone un orden nacional justificado desde el imaginario liberal. Paz es un caudillo liberal. Nación y orden son los postulados del discurso nacionalista de la derecha argentina; Paz los encarna, Terán emplea su figura para legitimarlo. Llama la atención la admiración del tucumano por Alemania así como su posición frente al golpe del treinta. Una gran

ausencia en su discurso son los subalternos de la historia argentina. Aquellos que están fuera del mundo de la letra: gauchos, indígenas, negros, mujeres, soldados.

La biografía propone una lectura épica de la historia nacional. Lectura que supone Sujeto y una Verdad. El historiador se identifica con el guerrero, provee a la Década Infame de una leyenda donde la espada y la palabra marchan juntas. La ciudad letrada tucumana encarnada por Juan B. Terán encuentra en José María Paz el arquetipo del héroe nacional que justifica la violencia de las armas con el discurso del orden y de la razón.

En nuestra leyenda nacional la civilización elimina a la barbarie para imponer la modernidad y el orden. Abundan los mitos blancos de la fundación. Entre ellos está el de los guerreros. El combate entre el Sujeto y el Otro construido como amenaza al Orden y el Estado está presente en la figura de Paz luchando con los caudillos. Terán encuentra en él un mito blanco para los procesos de organización nacional. Ese mito de los orígenes no hace sino justificar a los grupos hegemónicos que en la primera mitad del siglo y, como se hace desde tiempos remotos, emplean las armas y las letras. Para terminar recordemos las palabras de Walter Benjamin: “No existe documento de cultura, que no sea a la vez documento de barbarie. Y puesto que el documento de cultura no es en sí inmune a la barbarie, no lo es tampoco el proceso de la tradición a través del cual se pasa de lo uno a lo otro”.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Walter Benjamin. *Ensayos escogidos*, Buenos Aires, Sur, 1967, p. 46.